



En la corte inglesa triunfó el amor. La princesa Ana se casó sin ninguna imposición real, con un plebeyo, el capitán Mark Phillips. Y en los corazones británicos hay alegría, compartiendo la felicidad de su princesa, la alegre princesa Ana, que un día soleado de otoño de 1973 ha vivido la fecha más deseada de su vida. («Semana», núm. 1.762)

Crónica de las crónicas

ESA PAREJA FELIZ

LA mayor parte de los seres humanos tienen garantizado el privilegio del anonimato. Todos «damos una imagen» determinada que llega al radio de acción de nuestra proyección pública, y los demás se forman un criterio de nosotros a partir de los datos físicos que les enseñamos y de los mensajes lingüísticos que emitimos: desde el gesto hasta la palabra. La «imagen» de los seres anónimos nunca rebasa la mínima galaxia de las relaciones familiares, vecinales, profesionales. Pero hay excepciones. Y este es un reportaje planteado sobre una de esas excepciones: el joven matrimonio Phillips, que contrajo matrimonio en la abadía de Westminster el 14 de noviembre de 1973.

Ella y él

Ella es Ana, la princesa Ana, por más señas, hija de la Reina de

Inglatera y ocupante del segundo lugar en el escalafón de presuntos herederos del trono. El es el capitán Mark Phillips, medalla olímpica de equitación, hijo de un acaudalado fabricante de salchichas. Sólo con estos datos ya está hecha la imagen pública previa del matrimonio Phillips. Lo

interesante es investigar cómo utilizaron esta imagen, la manipularon, la reelaboraron los medios informativos aplicados a la fabricación de imágenes públicas del «Gold Gotha». «Le Nouvel Observateur» ha hecho un examen de tratamiento de la boda Phillips en la prensa francesa especializada. Aquí se trataría de hacer algo parecido con la prensa española, que va por los mismos caminos. Hay una serie de datos hemero-

gráficos obvios, casi perogrullescos: la boda fue tratada con amplio despliegue de páginas, fotos y titulares, según la fórmula ya acuñada para aludir a este tipo de excesos informativos.

He examinado los números de «¡Hola!», «Cristal», «Diez Minutos», «Garbo», «Semana», «Lectu-

LUIS DAVILA

ras», «La Actualidad Española» y «Gaceta Ilustrada» dedicados a la boda del capitán y la princesa. Los titulares de portada ya dan la clave de la elaboración de la imagen pública del joven matrimonio:

«Semana»: «La princesa Ana prometió amor y obediencia a su apuesto capitán».

«Cristal»: «Ana y Mark: los señores Phillips».

«Diez Minutos»: «A todo color:

las fotos de la boda de los Phillips».

«Garbo»: «Amor y sencillez en la boda de Ana y Mark».

Las otras revistas se limitan a enunciar el esfuerzo informativo del interior. Pero ya basta así con los titulares aportados. Estamos ante la fotografía de bodas de una princesa y un apuesto capitán plebeyo (Phillips), unidos por las leyes del amor y las reglas de la sencillez.

La corresponsal de «Lecturas», Lolita Sánchez, recoge el comentario de un telespectador británico tras la emisión de la entrevista prematrimonial concedida por Mark y Ana a la BBC: «Es el mejor acto de relaciones públicas que ha tenido la familia real desde la coronación de Isabel». Los ingredientes eran perfectos. En la Inglaterra de la recesión económica, de la desandadura imperial, de las Trade Unions a la greña contra el Gobierno conservador, la boda de una princesa

ESA PAREJA FELIZ

real y un capitán plebeyo ha permitido crear la imagen pública de un entronque radical entre la monarquía y el pueblo llano. Algunos aspectos podían haber perjudicado tan feliz realización; por ejemplo, algunos rasgos de carácter de una princesa tal vez excesivamente voluntariosa y la poca formación cultural del capitán. Frente al primer inconveniente se ha montado una auténtica operación de domesticación de la imagen de la muchacha, y frente al segundo se ha forzado la nota de la vocación caballaresca del capitán. De esta manera se ha conseguido que la imagen de la princesa encajara en la imagen aún establecida de lo que ha de ser una esposa en Inglaterra, y la imagen del capitán ha escapado al galope de cualquier intento de ponerla en comparación con la de Harold Pinter. En la era de la especialización nadie puede discutirle a Mark Phillips el derecho de situar los caballos en el norte de su destino.

La princesa

La princesa Ana es una muchacha difícil y con un peculiar criterio sobre lo que le está permitido a una princesa real.

"La princesa Ana se enfada cuando le hacen preguntas triviales y especialmente sobre vestidos y sombreros. Cuando visitó Canadá dijo a un periodista: 'No me pregunte sobre trapos. Mejor será hablar de tanques y de cañones...'. Ana de Inglaterra es coronel del XIV y del XX Escuadrón del Regimiento de Húsares, y durante su visita a Paderborn, en Alemania Occidental, condujo un tanque de cincuenta toneladas a una velocidad de unos cincuenta kilómetros por hora".

Esta imagen fue potenciada mientras la muchacha era una adolescente más fuerte que sensible. Pero en el momento en que se le debía cambiar la imagen por la de un ama de casa en ciernes, la franqueza de la princesa era un incordio:

"A la princesa Ana no le gustan las ostras, ni el alcohol, ni los discursos largos, ni la comida exótica. Cuando no está de muy buen humor —y dicen que no tiene precisamente muy buen carácter—, el personal de servicio de Buckingham Palace la llama madame, pero si ve un niño enfermo accidentado o minusválido, fácilmente pueden saltársele las lágrimas. Ha conducido un autobús londinense, y cuando manejó el tanque comentó: 'Me gustaría tener uno para Navidad'. Además ha disparado de manera excelente con una metralleta. Como se

sabe, también es una excelente amazona; es, sin duda, una chica de carácter, según sostienen los amigos de la familia real, y ésta también es la opinión de todo el país. La princesa Ana es más vivaz y tiene más temperamento que su hermano Carlos".

Por lo que se ve, totalmente impresentable. Pero los expertos cogieron por su cuenta a la joven pareja y les aleccionaron sobre cuál debía ser su lenguaje público. Así vemos que en víspera de la boda, la princesa declaraba ante las cámaras de televisión que estaba «chapada a la antigua» y que estaba dispuesta incluso a cocinar. El Galileo Galilei de la dinastía Hannover llegó a decir:

"No soy yo quien tiene que decir si soy buena cocinera. Creo que soy capaz de preparar el desayuno a mi marido, pero si hay mucha prisa, solamente tomaremos una taza de café. ¿Que si se coserá? Si. Algunos botones le he cosido a Mark'. Este añadió: 'Precisamente en esta chaqueta hay un botón cosido por ella, y todavía no se ha caído'".

La princesa había sido un símbolo para las jóvenes muchachas británicas, y ahora, el símbolo se modificaba a ojos vistas hasta hacerse irreconocible. Como recogía una de las revistas de las que extraigo información:

"La princesa Ana pudo haber adoptado la fórmula nupcial tolerada por la iglesia anglicana desde 1928, fórmula que omite la alusión a la obediencia al marido por parte de la esposa.

La princesa Ana ha querido hacer la promesa de 'obedecer, servir, amar y estar con el capitán Phillips en la enfermedad y en la salud, serle fiel y hacerse feliz a lo largo de sus vidas'".

Todo su comportamiento antes y durante la boda respondió a la imagen de novia feliz dispuesta a deslizarse por las rampas del embudo matrimonial:

"Intentamos desde lejos adivinar la sonrisa de la princesa. Una sonrisa diáfana, más abierta que nunca. Porque los ingleses saben que su princesa, liberal, democrata, burlando alguna vez el protocolo, siempre mostró su encantadora simpatía cuando paseó por la calle, camino de algún espectáculo o simplemente yendo de compras. Una sonrisa que se filtraba tras los cristales de su carroza, la vieja carroza construida hace sesenta años por Alex Allan, que había sido restaurada para esta magna ocasión".

O bien:

"Sin embargo, en el altar donde esperaba a los novios el arzobispo de Canterbury, primado de

Inglaterra, doctor Michael Ramsey, Ana se plegó a la tradición, prometiendo obedecer a su marido, con gran decepción de las liberacionistas feministas, que esperaban una mayor demostración de energía por parte de la voluntariosa e independiente Ana".

El carácter directo de la princesa se había prestado a que los informadores entraran en su vida como Pedro por su casa. Se había llegado a insinuar la posibilidad de relaciones prematrimoniales. Se estableció una pública pugna entre la princesa y el fotógrafo Bellisario o el peluquero Tommy di Maio, que «Cristal» recordaba en el mismo número dedicado a la boda:

"Ciertamente, las cosas han cambiado, y a consecuencia de ello, Ana y Mark están expuestos a la crítica pública, como cualquier otro. La princesa sufre el constante acoso del célebre fotógrafo Ray Bellisario, cuya única pretensión es captar indiscreciones con su cámara (durante seis años la siguió a todos los concursos hipicos en espera de poder captar una caída de la princesa). El famoso peluquero neoyorquino Tommy di Maio le concede el noveno lugar en la lista anual de las mujeres peor peinadas. 'Su cabello parece heno —ha dicho—, y el heno sólo es bueno para los caballos'. Sus sombreros, al igual que los de su madre, constituyen un frecuente motivo de comentario. Aunque esto poco importa al gremio de sombrereros, quienes le han regalado un nuevo modelo con motivo de su boda 'para demostrarle lo mucho que ha hecho para dar un nuevo impulso a esta industria. El número de muchachas que llevan sombrero ha aumentado considerablemente desde que la princesa lleva encantadoras creaciones'".

La princesa se ha mostrado implacable con sus enemigos, y ha devuelto zarabanda por zarabanda sin caer nunca del caballo hipotético de las batallas de la chismografía. Era la estampa de la soltera fuerte, de la soltera difícil, de la fiercecilla de la obra de Shakespeare, a la espera de su domador.

No se tuvieron miramientos de ninguna clase en la destrucción de la imagen de «soltera difícil». Incluso se recurrió a un brujo africano, de la Commonwealth, eso sí, para que profetizara que la princesa tendría un hijo antes de las Navidades de 1974. Los expertos en public relations recurrieron a medios de fijación de imágenes perfectamente racionales, como los mass media en general y la BBC en particular, pero tampoco hicieron ascos al

concurso de lo telúrico. Junto a los vaticinios ginecológicos del brujo Gobe, se aportaban los horóscopos de los principales especialistas del Reino Unido:

"A las ocho en punto de la mañana, y a través de las pantallas de televisión, toda Inglaterra pudo escuchar al 'horoscopo mayor del reino', que muy seriamente ofreció a los telespectadores el horóscopo del día de Ana y Mark, horóscopo de enorme inspiración romántica, que veía en la boda la culminación de un romance de cuentos de hadas, en el que el apuesto plebeyo arrancaba a la bella princesa del trono y la llevaba felizmente hasta el altar".

Entre otras cosas, dijo:

"Estas dos personas tienen muchas cosas en su favor, muchas más que otras parejas de su edad. Tienen un amor profundo y duradero, una fuerte atracción física y muchos intereses comunes. Además de esto tienen, según el horóscopo, numerosos rasgos complementarios de personalidad que contribuirán a mantener la unión estable...".

Más precisión, imposible.

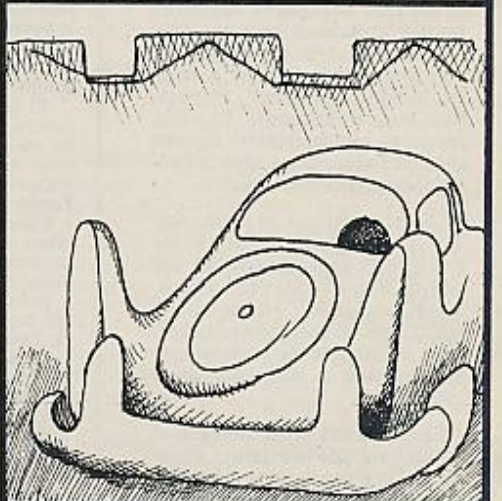
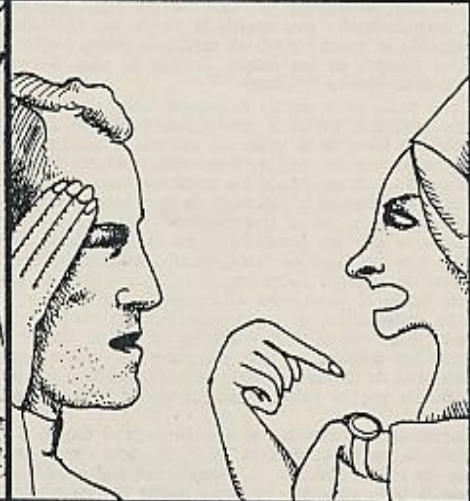
El capitán

De Mark Phillips se dice que acudió a los mejores colegios británicos, pero que no lo supo aprovechar. La revista «Lecturas» lo describe así:

"Lo primero que hay que hacer constar es que se trata de un atractivo muchacho: rostro simpático y expresivo, con el cabello castaño y ondulado; los ojos, claros, de mirada aguda y brillante (luego me enteré que lleva lentes de contacto). Tiene figura atlética: mide un metro noventa de estatura; es ancho de hombros y se mueve con gran ligereza".

Según la misma revista, el capitán, por nacimiento "no es nadie". Su apellido no sólo no figura en el «Gotha» de la nobleza británica, sino que ni aparece en el «Who is who?» de personas importantes. En cambio, otra de las revistas consultadas aportan un linaje más presentable:

"La boda de Ana y Mark ha caído bien a la Reina y al príncipe Felipe, y, en general, a todos los ingleses. Los súbditos de Su Graciosa Majestad consideran a Ana una chica normal, de acuerdo con la educación que ha recibido. Le gustan los perros, la caza y las carreras de caballos. Mark Phillips pertenece a una familia burguesa de rancio abolengo. Los que se han detenido en analizar y estudiar su árbol genealógico dicen que es nada me-



**KLON
KLON
KLON
KLON**



Saltus

ESA PAREJA FELIZ

nos que descendiente del Rey Eduardo I, que vivió de 1272 a 1307. Llegar hasta el siglo XIV para encontrar a Mark un parentesco monárquico me parece, hoy en día, bastante exagerado. Lo importante es que Mark es serio y formal y hará feliz a la princesa Ana".

El capitán se ha esforzado en contrarrestar la opinión extendida de que la princesa iba a llevar los pantalones en casa: "No será mi mujer la que mande en casa por ningún motivo, aunque sea la hija de la Reina", transcribe la revista «Lecturas». También reacciona airadamente el capitán ante las habladurías sobre las relaciones prematrimoniales:

"Se ha dicho que en varias ocasiones un amigo de Mark les prestaba su apartamento (en Bahamton House) a los enamorados. ¡Una vergüenza!, estalla el oficial. Luego, ya más calmado, dice: "Hay un montón de gente que se ha dedicado a decir las cosas más locas".

El muchacho se ha aferrado al caballo, y desde la estatura ecuestre dice a quien quiera oírle: "Me hubiera gustado casarme montado a caballo" («Lecturas»). "De todos modos, hay una cosa muy clara: De no ser por los caballos y los concursos hípicas, Ana y yo no nos hubiéramos encontrado jamás". De todas maneras, es un hombre con ideas propias, como lo demuestra el que haya declarado que no quiere ser lord antes de los treinta años. Otras ideas propias del capitán Phillips se manifestaron en el transcurso de la boda. Por ejemplo, impuso «La marcha de Radetsky» como música de fondo nupcial:

"El organista de la abadía interpretaba 'La marcha de Radetsky', de Johan Strauss, adoptada como marcha particular del Regimiento de Dragones de la Reina, al que pertenece el capitán Phillips.

... El organista había expresado sus temores de que al movido ritmo de la composición, todo el cortejo nupcial irrumpería en un alegre trotecillo, pero nada de eso ha pasado, y todo el mundo conservó su compostura" («Diez Minutos»).

A pesar de que la prensa especializada trata de dibujarnos la imagen de un cabeza de familia dispuesto a dejarse usurpar este derecho, también se nos informa de la supeditación económica del capitán a su augusta esposa:

"A la princesa Ana le subirán el sueldo oficial. La princesa Ana, de soltera, percibía una asignación de quince mil libras esterlinas, que son un poco más de dos millones de pesetas. Al casarse le

ES ahora cuando el cronista ha de contar los máximos detalles de este vestido. El traje fue confeccionado en el taller de Susan Small, según diseño de Maureen Beker, elegido expresamente por la propia Ana. Sepan que la elegancia de la princesa, unida a la fidelidad estricta a sus gustos personales y a su tradición en el vestir, impidieron que encargase sus galas nupciales en una pomposa casa de alta costura. No eligió a Christian Dior, sino a su modista habitual. Un detalle que habla por sí solo.

El traje, todo seda, encaje, plata, bordados de perlas y lentejuelas, de cuello alto rodeado igualmente de perlas. La parte de la cintura, muy ajustada, que caía en línea «évasée». Mangas largas y velo flotante, muy transparente. Abundando en estas características, digamos que las mangas seguían los cánones del estilo medieval o renacimiento, sorprendiendo gratamente a todos los invitados. Con un vestido parecido se había casado su madre, la Reina Isabel II, a quien gustaron las mangas de esa índole. Debajo de esas mangas, un fino plateado de seda blanca «chiffon».

El enorme puño de la manga le llegaba hasta el nivel de la rodilla. Estaba ribeteado con perlas y lentejuelas, brillando, llenando de luz los movimientos leves de la princesa. Ocurría lo mismo con sus hombros, iluminados por las perlas. Todo ello, cubierto bajo un velo finísimo de tul. La cola salía bajo los hombros, completamente bordada. También aquí detallamos la fidelidad de la princesa Ana con respecto a quienes colaboraron en el traje nupcial. Porque esos bordados estaban realizados por las bordadoras de la casa Lock, que siempre ha prestado sus servicios en Buckingham Palace. Los bordados, con hojas de flor de naranjo difuminadas en seda e hilo de plata, perlas y pedrería. Tanto el velo como asimismo los zapatos eran sencillos. Los zapatos, estilo salón, de tacón bajo, confeccionados en seda blanca, haciendo juego con el traje y ribeteados por un filo de oro.

Seguendo los detalles, el velo, de puro tul ilusión, estaba sujeto por una diadema de diamantes. Esta pertenecía a la Reina madre y fue también llevada por la Reina Isabel II en su boda, celebrada en el año 1947.

Para terminar de comentar el vestido nupcial digamos que el material empleado en su confección es el llamado «seda Anella», rica doble seda de origen italiano. Scotland Yard vigiló —como asimismo hiciera con la tarta nupcial— el lugar donde fue guardado, en espera de que Ana lo luciera en el día señalado de su boda.

La novia portaba el tradicional ramo de flores, en cuya realización se habían esmerado al máximo. Está formado por quince rosas blancas llevadas a Londres desde Holanda y cincuenta lirios, de los llamados «lirios del valle», junto a pequeñas orquídeas procedentes de Singapur.

Una dama cercana a mí comentó que el maquillaje de la novia era de ensueño, cautivador. Los adjetivos no son del cronista, sino transcritos de una mujer, que siempre está más al corriente de las novedades en cosmética que este caballero, servidor de ustedes, los lectores.

Y queda por reflejar los detalles del peinado, perfecto complemento de todo el conjunto nupcial. El encargado de este menester fue Michael, un experto peluquero de la casa Michaeljohn, que peina a la princesa regularmente desde que festejara su veintidós cumpleaños.

Ana indicó a su peluquero que la presentara una serie de modelos entre los cuales elegiría el más apropiado para el día de su boda. Michael exhibió seis diseños y Ana escogió justo el de línea más sencilla, respondiendo así a su tradicional forma de peinar los cabellos. Línea, mírese por donde se mire, sobria, totalmente sencilla, con su larga cabellera de pelo ondulado recogida hacia atrás, justo hacia la parte central de la cabeza para dotarla de más altura, ofreciendo asimismo más anchura en los laterales. En resumen, raya en medio y dos ondas laterales despegadas del rostro, y encima de los restos de esas ondas laterales y del pelo subido sobre la nuca, bastante hinchado, formando una especie de moño, llevaba colocada la diadema anteriormente reseñada. Un peinado, a decir de más de una dama, tan sencillo que Ana lo podía haber lucido cualquier otro día, en cualquier fiesta.

Ana de Inglaterra llegó hasta el altar donde la esperaba el novio, capitán Mark Phillips, luciendo su uniforme oficial del Ejército, de gala, rojo, con adornos dorados, muy brillante, cruzado con una banda. El sable, al costado. La princesa sonrió a su prometido. La sonrisa se prolongaría durante toda la ceremonia. Ana había cubierto, desde la entrada a la abadía hasta el altar, cuatrocientos cincuenta pasos, entre tío-tacs de su corazón de veintitrés años.

(«Semana»)

ha sido aumentado su sueldo en una respetable proporción. A partir de ahora recibirá anualmente cinco millones de pesetas netas y exentas de impuestos, lo cual, teniendo en cuenta los altos impuestos que se pagan en Inglaterra, es como si ganara unos treinta millones de pesetas al año. El capitán Mark Phillips sólo gana

al año trescientas mil pesetas. A partir de ahora el capitán tendrá que acostumbrarse a vivir del sueldo de su mujer, sin ninguna clase de complejo, lo mismo que Tony Armstrong-Jones, fotógrafo de profesión, que vive del de la princesa Margarita, y Angus Ogilvy, de la fortuna de la princesa Alejandra de Kent".

Por todas partes aparecen las imágenes contrapuestas derivadas del capitán Phillips, a su pesar. Por ejemplo, una de las anécdotas de la boda es que la princesa ha elegido un maquillaje francés, y no un maquillaje británico. La anécdota del capitán Phillips es que había invitado a un porquerizo al servicio de su familia y no pudo acudir a la boda:

"La invitación que he recibido me ha honrado mucho, pero he tenido que llevar la comida diaria a mil cerdos de la granja de los padres del novio, que no hubieran comprendido el motivo de dejarles en ayunas".

Mientras la princesa invitaba a Reyes y príncipes, el capitán invitaba a Bridges Smith, asistente de su madre, y a David Barnes, guarnicionero que le fabrica las sillas de montar. En el reparto de papeles de la gran representación escénica, al capitán le ha tocado respetar su imagen pública hasta sus últimas consecuencias. Lo mismo se desprende de este comentario de «La Actualidad Española»:

"Era prácticamente su primer acto oficial. Y rompió el protocolo. A la vista de estas fotografías y sus circunstancias, todo hace suponer que el capitán Mark Phillips, esposo de la princesa Ana, no se va a supeditar en absoluto al protocolo. ¿Influyó, quizá, la tensión nerviosa en esa carcajada hasta ahora inédita en la historia familiar del histórico balcón de Buckingham Palace?

Después de la ceremonia religiosa, los recién casados y sus respectivas familias correspondieron, como ya es tradicional en la Corte de San Jaime, a las aclamaciones de la multitud. Esta escena siempre había sido serena y, de todo punto, comedida: leves sonrisas y agitar suave de manos enguantadas. Eso... hasta que entró el capitán Mark Phillips en la familia real. Incluso la Reina Isabel, siempre tan esclava del protocolo, parece contagiada por esa carcajada incontrolada del capitán Mark Phillips".

Está claro. El capitán Phillips aporta a la dinastía Hannover su planta, su sencillez, su campechanía, y a cambio de esta dote inestimable de populismo recibe toda clase de concesiones y un ilimitado espíritu de regia comprensión.

Datos para un informe

Las revistas repiten los datos objetivos. Acentúan más unos que otros, pero coinciden en que los invitados llegaron a palacio en trescientos cincuenta Rolls Roy.

ce o en que la Reina Isabel estaba francamente emocionada:

"La Reina Isabel contuvo varias veces la emoción de ver casar a su hija; los ojos le brillaban y su serenidad estuvo a punto de ser traicionada".

Coinciden en que hubo un despliegue policial impresionante, motivado por la creciente ola de terrorismo y por la tensión social que precedió, respaldó y siguió a la boda:

"Más de cuatro mil policías vigilaron el paso de la comitiva y la abadía de Westminster. Al público estacionado para ver a los novios y a la familia real no se le permitió ni llevar sillas, ni cajas, ni paquetes. Incluso se inspeccionaron muchos paquetes que contenían los bocadillos que se habían llevado los muy madrugadores. Tres días antes de la boda, cien detectives registraron toda la abadía, y especialmente el altar. Un jefe de policía confesó: 'Cada centímetro del templo fue registrado el día 13 por un centenar de detectives. Y cuando terminamos nosotros, comenzaron a hacerlo cincuenta policías más'".

También se había prohibido el vuelo de helicópteros para evitar que los caballos se asustasen. No se sabe si esta medida obedeció a que se quería asegurar al máximo la seguridad de contrayentes e invitados, o la seguridad de los caballos, tan adorados por los contrayentes.

Las revistas coinciden en el tratamiento y descripción de los invitados y su vestuario. No se ponen de acuerdo, en cambio, sobre el lugar que ocuparon sus corresponsales durante la ceremonia. Por ejemplo, «¡Hola!» y «La Actualidad Española» aseguran por separado haber sido las únicas revistas españolas que tuvieron a un corresponsal dentro de la abadía. También hay coincidencia en las especulaciones sobre el lugar donde pasarían la noche de bodas, sobre la especulación industrial basada en la reproducción comercializada del vestido de la novia, su anillo y otras herramientas matrimoniales susceptibles de convertirse en *souvenir*. También se nos aporta el dato regio-humano de que los jóvenes enamorados, antes de huir hacia su primer nido de amor, pasaron por un hospital de ancianos:

"Antes de retirarse a la residencia de Tatch ed House Lodge, los señores Phillips hicieron una visita un tanto sorprendente: se dirigieron al hospital real a visitar a los pensionistas jubilados allí internados".

Hay alguna nota española en los reportajes. Por ejemplo, la espada que portaba el señor Phillips había sido fundida en Toledo, y entre los invitados destacaba la presencia de los Príncipes de España:

"Nuestra Princesa Sofía dio una alta nota de elegancia. Llevaba un abrigo con cuello gris de piel de renard. El sombrero era blanco. La televisión inglesa le dedicó varios primeros planos. El Príncipe Juan Carlos vestía uniforme de gala azul, con insignias de general. Entre la familia real británica se comentó la belleza de nuestra Princesa y el gran sentido del humor que tiene el Príncipe Juan Carlos".

Otros invitados muy observados fueron lord Snowdon y el príncipe Rainiero:

"Uno de los personajes de la boda real fue, lógicamente, el esposo de la princesa Margarita, o sea, lord Snowdon. Podríamos decir que fue el personaje más atento a la ceremonia. Posiblemente el lord fotógrafo recordaba un día análogo, en el que se convirtió en miembro de la familia real británica".

"El príncipe Rainiero de Mónaco estuvo un buen rato pensativo, después de colaborar, como los demás invitados principescos, en los cánticos de la ceremonia, apoyando el dedo pulgar de su mano derecha en el labio inferior. Por un momento creímos que le pasaba lo mismo que a lord Snowdon, pero al revés".

Abundan los comentarios sobre las críticas públicas sobre el despilfarro de acondicionar el yate real «Britannia», escenario del viaje de bodas por las aguas del Caribe. La princesa había respondido cumplidamente a esta pregunta del impertinente entrevistador de la BBC: *"Estaba muy viejo y necesitaba reparación, eso es todo".*

Al acabar la lectura de estas ocho revistas queda en nuestra imaginación la estampa de un matrimonio de burgueses ecuetres, apellidados Phillips, que regeneran la tradición monárquica inglesa con su culto al deporte, la vida campesina y la más estricta funcionalidad representativa. Están cerca del pueblo para lo lejos que están y a la vez están lejísimos para lo cercanos que parecen. Se ha hecho como un juego de «zoom» a través de la cámara que manipula la ilusión óptica de la realidad. El «zoom», nos lo ha enseñado Lazarov, sirve fundamentalmente para desorientar. ■ L. D.

La Capilla siXtina

LA CARESTIA DE LA VIDA

Me reconocerán el mérito de no hablar casi nunca de mis problemas como dueño de mi casa. Mi soltería me obliga a hacer de vez en cuando la cesta de la compra, y las vendedoras de mi barrio de Argüelles tienen siempre la gentileza de asesorarme sobre lo que debo y no debo comprar. Incluso me dejan pasar delante de las señoras que esperan, en lógica correspondencia a la proverbial galantería masculina. Yo, que he sido testigo presencial de la galantería masculina, puedo decir que la femenina es muy superior. Cuando entro en mi carnicería ya puede haber media docena de parroquianas, la carnicera me despacha a mí en primer lugar y ninguna de las señoras restantes dice ni pío.

—Los hombras no saben esperar.

Dice mi carnicera a manera de disculpa. Yo ya estoy hecho a este tipo de comentarios y sonrío con ironía de sexo rey, condescendiente con las cosquillas del antagonista. Jamás suelo confraternizar con el enemigo. Una cosa es que me vea obligado a hacer la compra y otra que me ponga a discutir con las compradoras las excelencias de la falda de ternera para hacerla al horno con o sin cebollitas. Pero el otro día no hubo más remedio. Cuando mi carnicera me dijo el precio de las dos chuletas que había comprado me puse lívido. Las señoras, que ya me conocen de otras veces, comprendieron que había llegado el momento de ganarme para su causa.

—Mire qué malito se ha puesto. ¡Estos precios!

—Señora Gabriela, ¿esto que me ha vendido es carne o piel de renard argenté?

—Pero, ¿qué dice este señor? Está mucho más barato el renard argenté. Mi sobrina está muy bien casada y su marido le ha comprado una estola de renard argenté. Más barata que medio kilogramo de chuletas.

—No exageren.

Rogaba la carnicera, mientras encogía los hombros en claro signo de impotencia. Yo no he podido contenerme y he lanzado un discurso sobre el proceloso tema del «¿a dónde vamos a parar?». Además me he creído en la obligación de informar a mis colegas femeninos sobre el desastre que nos aguarda para enero en cuanto se descon-

gelen los pocos precios congelados. He sembrado el pánico hasta el punto de que hemos tenido que abanicar a una madre de familia numerosa.

De vuelta a casa he querido continuar mi conversación con Encarna. Más o menos le he dicho que el poder adquisitivo está por los suelos y que, en cambio, no hay una conciencia establecida de este hecho. Hace diez años, en una circunstancia similar, se hubiera notado mucho más la situación de agobio económico que asfixia los presupuestos familiares.

—¿Por qué, Encarna? Esta es la cuestión.

—Me parece que no es esa la cuestión. Pero si usted se empeña.

—A ver si no es esa la cuestión. Yo ahora puedo comprar tan pocas cosas como en las épocas en que podía comprar pocas cosas, y sin embargo no me doy cuenta cabal de ello. Y eso multiplicado por la mayoría de conciudadanos. Aquí hay alguna técnica de brujería.

—Ya está el irracionalismo andante.

—Nada de irracionalismo. Estamos ante un caso de brujería racional. Por todas partes nos rodean los reclamos del consumo y acabamos creyendo que podemos consumir lo que nos venga en gana. En televisión, en los «publivos», en los anuncios de los periódicos... por todas partes se nos crea la falsa conciencia de que el consumo está a nuestro alcance.

—Pero no diga tonterías, don Sixto. Si uno no consume, pues no consume y se da cuenta.

—Es cuestión de darse más o menos cuenta, y nos damos cuenta, pero poco y de una manera somnolienta.

—Eso les debe pasar a ustedes los liberales, porque van por la vida medio dormidos. Pero la gente, de verdad, bien se da cuenta de que ha de apretarse el cinturón.

—¿Yo no soy de verdad?

—No, don Sixto. Usted si que es de brujería. Usted parece la reencarnación de un funcionario cesante de Galdós.

He invitado a cenar a Encarna. Nos hemos comido las dos chuletas de mi vida y de mi muerte. Encarna me contemplaba mientras apuraba el hueso, y comentaba con mucho retintín:

—Y luego dirá que no consume.

SIXTO CAMARA